

402  
J.R. 29/8/6

San Juan, diciembre 4 de 1875.

D. Excmo. Sr. Don Rufino de Llizaralde.

Distinguido amigo.

Después de haberme tomado la libertad de remitir a Ud. un folletito, una carta sobre jurisprudencia constitucional, que me obligó a escribir mi antiguo y bravo amigo Carlos Fajardo, abusando temerariamente de su reputación en el alto puesto en que se ha hecho colocar.

Jamás fui doctor, como Ud. sabe, y mi natural cortedad aumentó siempre la escasez,

de mis conocimientos.

Esta vez, como ninguna, he sentido y deplorado el enorme peso de esa doble pobreza, decuplicada por el absoluto retiro a que me condené, cuando la Presidencia de Sarmiento inauguró esa política de pulperia que todo lo va degradando.

Sintiendo mi ignorancia suma, como se siente la falta de armas, no he trepidado, sin embargo, en salir a la palestra por una justa causa, por la Constitución, a la cual la Providencia ha de depasar siem-

por defensores contra todo ese  
 género de pelafustanes políticos,  
 que son la inversión de todo orden  
 y van contra todo principio.

Sin ambición y sin pretencio-  
 nes, he me removido en mi oscuro  
 retiro con el esclusivo objeto de  
 que expresa mi carta a Tejedor,  
 y he de continuar luchando  
 por conseguirlo, aunque tenga  
 que denunciar y combatir tam-  
 bien el desconsolador abandono  
 de la Corte Suprema: algo ha  
 de poder para la moral polí-  
 tica el que un pobre paisano  
 clame desde su oscuro rincón  
 contra esos semi-dioses de

los Elites del Poder, que todo lo olvidan, al beber las aguas del rio Ganges.

Vd. no tiene cómo formar ni remota idea de la descomposicion política que, en seis años, se ha obrado por estas desventuradas Provincias.

La corrupcion nacional ha sumitado primero la perversion local, que se autoriza con ella como con un ejemplo moral, y ahora se dan la mano, se confunden, y, juntas, todo lo echán a rodar.

La falta de opinion se ha ido supliendo, en el órden nacional y en el provincial, con la fisco-

lización y sus salarios: hoy la  
opinión es la venta; y para com-  
prarlo todo, así como se arruina  
el Tesoro nacional, esas infelices  
provincias agotian, esterilizan y  
matan el trabajo humano.

Desde el estado de sitio con  
que se lució nuestro pro hombre,  
las Provincias vecinas continúan  
imitando los disparates de San Juan.

Hoy las tiene Vd. a mil  
leguas de la Constitución y a mil  
años de sus esperanzas. Están  
peor, mucho peor que en tiempo  
de Rosas: porque nada hay  
peor que la barbarie con frac.  
Ejemplo es el impuesto

que perigo.

Forma una red contra el comercio interprovincial, desde Córdoba y Catamarca hasta Chile.

Y para combatirlo, tengo que habérmelas, no solamente con la morralla que aquí vive de él, sino también hasta con el Jefe Federal, que, blindado con su posición y expresando el proselitismo asalarado del Gobierno Nacional, me niega hasta la luz del día, antes de poner en el bolsillo a la Administración, en cuyos mecanismos se encuentra siempre, hasta en el último de sus

resortes.

Entre él, Tejedor y la corte,  
me han dejado como los santos  
de Frascia.

En tal situacion, y teniendo  
siempre intacto el alto aprecio  
que Ud me mereció, no he du-  
dado en cargar a mi sobrino Do-  
tor Ignacio L. Albarracín, que  
le pida a Ud. uno de sus momen-  
tos para explicarle como pueda  
el asunto, a fin de que Ud. me  
haya el favor de indicarme  
como puedo continuarme acerta-  
damente.

Es posible que Tejedor se  
digne mandarme una patada

Estaria en su carácter.

J, aun cuando yo estoi resuelto desde ahora a contenerlo y manejarlo cuanto sea necesario, gran consuelo seria para mi oír alguna palabra de Ud., que me guiase aqui o alla.

Entretanto, soy siempre  
de Ud. at.º S. y sincero amigo

Fernando Rojo